



© JAVIER C. ROLDÁN

# Fenómeno Planetario

El progresivo envejecimiento de la población no sólo afecta al primer mundo. A un ritmo diferente, este fenómeno, junto al de las migraciones, afecta a la población mundial en general. Para no pocos expertos, la Humanidad toda asiste, casi impertérrita, a una revolución demográfica sin precedentes. Los hay, incluso, que estiman que ambos fenómenos unidos —*envejecimiento y migraciones*— son una nueva forma de «*revolución silenciosa*», añadiendo a continuación el astronómico término de «*planetaria*». Al margen definiciones, la situación, en todo caso, invita a la reflexión —primero— y al consecuente análisis y el estudio de soluciones —sin esperar más—.

Pues ése, y no otro, ha sido el motivo que del 8 al 12 de abril ha reunido en Madrid a 189 países, representantes de la ONU, diversas instituciones, grupos de expertos y 1.500 ONGs internacionales en la II Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento. Y su objetivo: debatir conjuntamente los impactos y consecuencias del progresivo envejecimiento y establecer el marco político, económico y social que albergue una sociedad donde los mayores son ya, de hecho, los protagonistas. Quienes, en suma, son llamados a decidir —en Occidente, al menos— el futuro de nuestros destinos haciendo bascular o no el signo de nuestros Gobiernos y las políticas sociales y económicas a seguir por éstos al ser la mayoría de votos.

Kofi Annan, Secretario General de la ONU lo apuntó en el acto inaugural de esta Asamblea: «El envejecimiento es un fenómeno que también viven los países en vías de desarrollo, a causa de la globalización, la migración y los cambios económicos.» Revisar el Plan de Acción aprobado en Viena —I Asamblea, 1982— y elaborar una nueva estrategia mundial frente al fenómeno envejecimiento, para afrontarlo, han sido los resultados más

notables de esta cita, que ha tenido a Madrid como foro internacional.

Hoy, apenas recién comenzado el nuevo siglo, estamos todos convocados. Imposible «mirando para otro lado», porque todos —fruto de la globalización— estamos en mayor o menor grado directamente implicados: primero en el origen del problema y, ahora, en el hallazgo de soluciones que ya deben ser mundiales, porque los problemas también lo son. Todos los países, sus ciudadanos y —especialmente— los que aún no experimentaron la convivencia en ciudades, porque precisamente éstos padecen la hambruna y el subdesarrollo que propicia la insaciable voracidad de los más «desarrollados». Si en Occidente envejecemos alarmantemente, hasta impedir la natural renovación generacional pese a nuestro bienestar, no es menos cierto que este proceso se hace aún más evidente entre países en vías de desarrollo —el 60 por ciento de los mayores viven entre ellos—, aunque por causas diametralmente opuestas, claro.

Que la esperanza de vida se ha duplicado desde mediados del siglo XX ha dejado de representar, en sí misma, un logro si no somos capaces de saber qué hacer con nuestros mayores cuando no son «productivos» en términos económicos. El envejecimiento de la población acarrea nuevas cuestiones que deben ser abordadas: el desarrollo de los países pobres, la dependencia, la falta de infraestructuras, los malos tratos o el nuevo papel de los mayores en nuestra sociedad necesitan respuestas ya mismo, sin más demora, de los gobiernos del mundo. La contradicción no aguanta más: mientras en Occidente nos morimos por «colesterol», en gran parte del planeta se mueren por inanición. ■